



Trabajo final de grado: Articulación teórico-clínica

El Espacio Terapéutico Como Espejo.

Caso Luciano Desde Una Perspectiva Psicoanalítica.

Tutora: Prof. Tit. Dra. Magdalena Filgueira

Revisor: Prof. Tit. Dra. Susana Martínez

Estudiante: Milagros Rodríguez

CI: 4.780.463-1

Julio, 2025

Montevideo, Uruguay

Índice

Resumen	3
Introducción	4
Presentación de Caso.....	6
Desplegando los motivos de consulta	7
Primeras entrevistas con padres	7
El juego del equilibrio	11
El tercero operando.	17
Momentos de la transferencia	21
¿Pasó algo?	21
Comienza a abrir la muralla	23
Aproximación al concepto de síntoma.....	26
La escenificación del síntoma.....	27
El Espacio Terapéutico Como Espejo.	35
Reflexiones finales.....	38
Referencias Bibliográficas.....	40

Resumen

El presente Trabajo Final de Grado de la Licenciatura en Psicología de la Universidad de la República, presenta la construcción de un caso clínico desde una perspectiva psicoanalítica, a partir del material obtenido en la práctica de grado. El eje central gravita en torno al síntoma como concepto y su significancia en la subjetividad del niño. Se aborda el motivo de consulta y como éste se va desplegando. Esto implica la consideración del lugar de los padres en el tratamiento del niño y las entrevistas y sesiones de juegos. Se trabajará la posición simbólica del tercero. Posteriormente el análisis se centra en el momento fecundo del tratamiento, explorando la transferencia como noción clave, tanto desde el lugar del niño como en lo que suscita en el terapeuta. Se profundizará en la concepción de síntoma como formación del inconsciente que se escenifica en el espacio terapéutico, permitiendo una lectura singular del sufrimiento. Finalmente se abordará cómo el espacio terapéutico se configura como un nuevo espejo simbólico, posibilitando al niño nuevas formas de posicionamiento subjetivo. El trabajo articula teoría y práctica clínica, abordando conceptos importantes dentro del psicoanálisis, en la experiencia concreta del tratamiento.

Palabras clave: Espejo, síntoma, transferencia, tercero.

Introducción

El presente Trabajo Final de Grado de la Licenciatura en Psicología de la Universidad de la República, es una construcción de caso, con una modalidad de articulación teórico-clínica basada en la experiencia desarrollada durante la práctica de grado "*Psicoanálisis de niños, niñas y adolescentes*". En el marco de la misma participé como estudiante del Ciclo de Graduación llevando adelante un caso clínico, bajo la supervisión de Prof. Tit. Dra. Magdalena Filgueira.

Esta constituye mi primera práctica como estudiante, con un rol activo e implicado dentro del campo dentro del campo de trabajo de la psicología desde la perspectiva psicoanalítica. A partir de dicha experiencia pretendo dar cuenta de varios puntos del caso que me motivaron a estudiar y escribir, pudiendo enlazar la teoría con la práctica.

A partir del caso y lo que fue la experiencia terapéutica me propongo pensar y articular con la teoría, el cortejo de síntomas que presenta el niño, ellos se destacan por su significancia y se toman como punto gravitacional de análisis.

Esos síntomas son: el acto de arrancarse el cabello, que según el DSM-5 (*American Psychiatric Association [APA], 2013*), adquiere el nombre de tricotilomanía, el caminar en puntas de pie y dificultades escolares.

Se busca pensar el síntoma, no como una categoría diagnóstica cerrada, sino cómo una formación del inconsciente, portadora de sentido, que encubre un deseo y una resistencia. En este sentido, el síntoma es entendido como la manifestación de un sufrimiento psíquico que se hace cuerpo, que se escenifica, y que exige ser escuchado en su singularidad.

La pregunta que guía este trabajo es, ¿Qué nos quiere decir el niño a través de los síntomas? Pregunta que no pretende una respuesta única que simplifique, resuelva y cierre, sino buscar aperturas que permitan la reflexión y la comprensión del sufrimiento psíquico del niño desde una perspectiva clínica.

Para poder pensar en la especificidad que éste caso amerita, es que opte por incluir las entrevistas de padres como una parte importante del análisis del niño y las entrevistas de juego como una aproximación a la conflictiva, en la cual despliega su propia demanda.

Se reflexiona acerca de la función de tercero como operador simbólico, que oficia de corte en el vínculo madre- niño, que porta ley, en función de la castración simbólica. El

espacio terapéutico habilita a este tercero a cumplir su función, lo cual genera efectos en los lugares y posiciones que ocupa cada integrante dentro de la novela familiar.

Como eje central del dispositivo psicoterapéutico la transferencia permite la actualización de los conflictos inconscientes. En el presente caso, como punto de inflexión en lo que respecta a la cura analítica habilita el despliegue del motivo de consulta más auténtico de Luciano, quien escenifica el síntoma de arrancarse el pelo dentro del espacio terapéutico.

Contexto en que el espacio terapéutico se configura como un nuevo espejo simbólico, una nueva oportunidad para la simbolización y la emergencia de nuevas formas de subjetivación, que le permiten al niño aparecer como sujeto de deseo.

Presentación de Caso

Luciano es un niño que concurre a un colegio de tiempo completo, cursando tercer año. Sus padres se encuentran separados desde su primera infancia. Tiene tres hermanos mayores: dos de ellos se encuentran viviendo en el extranjero y uno vive con su padre. Luciano alterna su convivencia entre el hogar materno y el hogar paterno, sin un régimen establecido ni un calendario previsible.

La madre vive sola y tiene extensas jornadas laborales. Cuando Luciano se queda en su hogar, es cuidado por su hermano o su abuelo paterno hasta que ésta regresa. Ha cursado episodios depresivos, incluso llegando a pensar que la vida no tiene sentido.

El padre, por su parte, tiene pareja estable con la cual convive y un trabajo del que se certifica de manera reiterada. Inicialmente se muestra algo reticente al tratamiento pero progresivamente se va implicando con mayor compromiso, concurriendo a todas las entrevistas de padres y llevando a Luciano a las sesiones.

El niño presenta un cortejo sintomático en el que destacan conductas como caminar en puntas de pie, arrancarse el cabello, y en el ámbito escolar manifiesta oposición a realizar las tareas, lo que actualmente compromete su promoción.

La madre de Luciano es quién se comunica con la Facultad de Psicología pidiendo asistencia psicológica para su hijo. La demanda es efectuada por la derivación de la maestra que se muestra preocupada por las conductas y actitudes del niño.

El primer contacto se establece a través de una llamada telefónica, a través de la cual se acuerda día y horario del encuentro y se explicita que se tratará de una instancia de entrevista con padres. Ella responde que le avisará al padre.

Desplegando los motivos de consulta

Primeras entrevistas con padres

A la hora acordada me dirijo a la sala de espera y me encuentro con Carmen, la madre de Luciano, quien se encuentra sentada mirando el celular. Al levantar la vista, nos presentamos y le indico dónde queda el consultorio. Si bien previamente muestra intención de asistir junto al padre de Luciano, finalmente asiste sola.

Se sienta, apoya su codo sobre la mesa y comienza a hablar con fluidez. Se percibe cierta superficialidad afectiva en relación con lo que iba relatando, actitud y tono que se sostienen durante toda la entrevista. Desplegando así la primera aproximación al motivo de consulta.

Al preguntarle qué la motiva a consultar, responde:

“Una carta de la maestra y la doctora ya que la situación de Luciano se arrastra hace años, el tiene 8 años y con el padre hace 6 años que estamos separados, según el padre se porta mal pero en mi casa no pasa, el acata lo que le digo... Aunque decir acata suena mal. Pero en la escuela no pasa nada de eso, ahí se porta mal... En su momento la maestra me dijo que él llega a clase tira la mochila y los útiles, que camina con las rodillas y se pone a gritar, entonces la maestra me dijo que capaz es autista... (...)”

Es la maestra quien sugiere que Luciano comience un proceso psicoterapéutico, que incluya un psicodiagnóstico que le brinde herramientas, debido que le preocupan ciertos actos y actitudes del niño. A raíz de eso, hacen una primera consulta en la mutualista, en la que los recibe el comité de recepción y lo derivan al psiquiatra. Ante la demora para conseguir hora, la madre decide consultar a la Facultad de Psicología, institución en la que ella ya había tenido una experiencia de tratamiento.

Acerca de esa primera entrevista con los especialistas Carmen señala:

“Me preguntaron cosas que no me gustaron sobre el parto y su nacimiento, no estuvo bueno responder eso delante de él, me sentí muy invadida”.

Añade que ella pasa muchas horas fuera de la casa, dónde Luciano se queda al cuidado de su abuelo o su hermano,

“Es poco lo que lo veo yo, llego a cocinar limpiar y no veo cómo se comporta”.

Sobre el rendimiento escolar dice:

“No tiene problemas de aprendizaje, todo lo contrario está sobrevaluado para su edad... Si él no tiene un cuaderno donde tenga demostrado que sabe no lo puede pasar de año”.

Respecto al relacionamiento con sus pares comenta que se da de manera conflictiva,

“Él no es un niño violento pero le cuesta llevarse con sus pares... En primer año tuvo mucho bullying porque tiene alopecia y perdió la mitad del pelo”.

Al indagar acerca de los inicios de la alopecia, refiere que comenzó en el pasaje del CAIF a la escuela,

“Ahora venía bien pero volvió, igual no se expande como antes... Yo creo que es algo nervioso porque cuando hizo terapia mejoró... Yo noto que cuando está con el papá le vuelve más, creo que es porque lo rezonga”.

Cuando se le pregunta acerca de la separación, sostiene que fue ella quien tomó la decisión, y si bien esperaba que fuera de manera armoniosa, fue una separación muy conflictiva, la cual dice no recordar con claridad...

“Tuvimos problemas y muchas peleas un año y medio, hasta que me di cuenta que a Luciano le estaba afectando, le explotó la cabeza, casi queda pelado y ahí me calmé”.

Luciano llega al mundo cuando su hermano más chico entraba en la adolescencia,

“Yo quise darle un hermano... Fue un embarazo complicado porque en medio de eso mi mamá se enfermó y para mí fue horrible, una vida se iba y otra venía... Yo quería un parto natural, pero me explotó el útero, el nacimiento de Luciano fue como explosivo... El médico dijo que era uno u otro, pero ambos nos recuperamos y fue un niño querido y deseado... Yo no le di de amamantar, porque estaba cuidando a mi madre y no quería transmitirle eso tan feo... los primeros años era apegado a su papá, es más decía que había nacido de la panza del padre”.

Respecto a la relación con el padre de Luciano comenta:

“Ahora tenemos una relación normal, hablamos cosas de él, el papá es muy cerrado y es difícil de tratar... Hubiera estado bueno que venga, pero no sé si está trabajando o que, no me dijo nada”.

Cuando le consulto si le parece que el padre pueda venir me dice:

“A mí me encantaría... lo mejor es que lo llames vos”.

Procedo a contactar al padre y pese a las resistencias presentadas por el mismo, se logra coordinar una entrevista en conjunto para la semana siguiente.

Habiendo comenzado la segunda entrevista con la madre, el padre del niño me llama por teléfono, diciendo que no encuentra el lugar, le brindo las indicaciones y pasados unos minutos se une a la entrevista.

¹P- Bueno como sabes esta es la segunda entrevista, si querés te contamos un poco... (Miro a la madre) ¿Le querés contar tú?

Md- Dale... Es lo que ya hablamos de la maestra y que su año prende de un hilo, además que vos decís que te desafía...

Pd- Yo pienso que no respeta las órdenes y que es muy desafiante, hay años que algunas maestras lo reciben mejor pero esta no, por eso estamos acá. La maestra quiere que tenga un diagnóstico para ver por donde entrarle... pero yo que sé, han pasado muchas cosas, la separación, unos intentos... (Silencio) no sé si hablaron de eso... (Se miran y la madre levanta la mano).

Md- Yo tuve problemas de salud mental...

Pd- Ella cuando Luciano tenía dos años vino a despedirse de ellos, el año pasado cuando Luciano tenía 7 años lo volvió a hacer, entonces creo que eso pesa internamente en nuestros hijos... Ella se vino a despedir y los dos se quedaron llorando... Además las semanas que ella estuvo internada, él se quedó en casa.

Ella dice haber bloqueado ciertos momentos que fueron especialmente dolorosos. El padre, en cambio, dice recordarlos.

Respecto al hijo, su padre expresa:

“Él siempre se aburre... Es un niño que habla mal, insulta mucho... no está bueno verlo así... No hace las cosas si le pido... Yo no sé si hablaste que duerme contigo... eso está mal... Antes era más cariñoso ahora no quiere nada, a veces me echa del cuarto... parece un adolescente... Me habla de sexo, sale con cada disparate... Para mí se saltó la niñez... A veces pienso que tiene déficit de atención, porque sabe mucho, se aburre y empieza a molestar a los demás... Le falta empatía... Ni siquiera sabe atarse los cordones”.

Relata una escena dónde lo ve jugar en la calle con un señor al cual le compró un juego de madera y se sorprende al verlo jugar cómo un niño.

El padre se presenta con un discurso distinto, vislumbrando desde otra óptica a su hijo, el cual le preocupa, sobre todo por las dificultades que está transitando en su niñez, que ni siquiera le permitirían desplegarse como niño que juega y disfruta. Señala, por un lado, comportamientos asociados a una sobre adaptación que le remiten a rasgos adolescentes (temas vinculados a la sexualidad, privacidad y el rechazo al contacto), mientras que por otro lado describe signos de regresión o inmadurez: dificultades motrices finas, imposibilidad de realizar acciones acordes a su edad, y que sigue durmiendo con su madre.

¹ Las abreviaturas en las viñetas corresponden a:

P: Psicóloga

Md: Madre

Pd: Padre

L: Luciano

A lo largo de la entrevista, se observa cómo la madre interviene con frecuencia desacreditando los dichos del padre, negando o quitándole importancia a la situación, con expresiones como:

“Es normal”, “Quiere privacidad”, “Para mí no”, “Es vago, le cuesta ponerle onda”, “Para mí el problema es la escuela”.

Si bien el padre parecería tener más recursos simbólicos que le permiten asociar y ver a su hijo, ambos padres parecerían presentar resistencias que obstaculizarían una implicación subjetiva más profunda acerca de lo que está aconteciendo. Ello obstaculiza una lectura compartida acerca del sufrimiento de Luciano.

Por momentos se deposita la responsabilidad en la escuela a la que concurre muchas horas o al uso excesivo de internet.

Sería posible considerar que las resistencias podrían vincularse con el narcisismo de los padres y las dificultades para asimilar la caída de la ilusión del hijo ideal, así como la desidealización de su propio lugar como figuras parentales.

Bleichmar (1995) afirma:

Incluir o no a los padres en el tratamiento de un niño, trabajar con la familia, realizar entrevistas de binomio, son opciones efecto de una metapsicología implícita en nuestros actos clínicos que pone en marcha el dispositivo con el cual nos proponemos el conocimiento y abordaje del objeto en cuya transformación estamos implicados. (p.81)

Idea que subraya el lugar que ocupan las figuras parentales en los dispositivos psicoterapéuticos con niños, pudiendo pensar y analizar más allá del niño como portador de un síntoma.

La clínica psicoanalítica, específicamente la práctica, se enmarca en un enfoque teórico, que pretende que nuestra mirada no se limite a localizar y comprender los síntomas como un fenómeno exclusivamente intrapsíquico.

Procuramos tener en cuenta al contexto que participa afectivamente en la constitución mental de ese niño desde los comienzos del desarrollo. Ese contexto por lo general son los padres, que a partir de su función de sostén y cuidado van constituyendo la subjetividad de ese bebé, que va creando de a poco su mundo interno.

Entendemos que la formación del síntoma se da en un complejo interjuego entre la estructura psíquica del niño y lo histórico vivencial.

En palabras de García Reinoso (1995):

La estructuración del sujeto psíquico no es definitiva: es estructura pero es también historia; historia singular, en la que se imbrica la historia de los padres, con sus oscuridades y fantasmas (en el doble sentido de fantástico y de fantome (en francés, aparecidos); aquello no dicho, no decible que no puede reprimirse ni recordarse, y que retorne (en francés, revenants) ni vivo ni muerto, desaparecido, que reaparecerá en los síntomas de varias generaciones. ¿Qué y quiénes están implicados en el síntoma? La historia singular de un sujeto se urde con la historia de los otros que lo constituyen, mediadores y soportes de una historia colectiva - social y cultural- que deja sus mareas. (p. 13)

Al principio el bebé es todo “ello” y su mundo interno está plagado de sensaciones, en donde bebé- madre son uno solo, luego se va dando el proceso de subjetivación en donde entra en juego el lenguaje y con él la cultura, y el bebé comienza el proceso de individuación.

Para que el psiquismo de un niño se constituya es necesario que un semejante le asista el suyo. ¿Y quién dice que el psiquismo de un adulto está exento de traumas y angustias?

Es por eso que en las infancias es necesario trabajar con el niño y en paralelo con el grupo familiar y con los traumas y las angustias que los acompañan, para poder leer entre líneas que nos quiere decir la formación de síntoma en ese niño, ¿qué proyecciones hay en su constitución?

El juego del equilibrio

Luciano acude a la primera entrevista acompañado de su abuelo paterno, el cuál dice estar disponible si necesito hablar con otro adulto referente. Le agradezco su disposición y procedo a ingresar a la consulta con el niño.

En el trayecto de la sala de espera a la sala de juegos, Luciano camina muy pausado, detrás de mí, procurando evitar que note que camina en puntas de pie, lo cual logra esa primera entrevista.²

Se presenta como un niño atento y observador, a la vez que desafiante y al inicio poco predispuesto hacía el espacio terapéutico, respondiendo de manera escueta con frases como “sí”, “no” o “no sé”. A lo largo de las entrevistas intenta no mostrarse ni compartir sobre sí. Se observa que presenta pequeñas partes con menos cabello que el resto de la cabeza.

En psicoanálisis con niños el acercamiento a lo reprimido inconsciente, se realiza principalmente a través de la observación del juego, respondiendo éste a las leyes del proceso primario. En palabras de Mercedes Freire (1976/1986), “el niño habla con su jugar pero ocurre que el niño no sabe lo que está diciendo” (p.1). Es entonces tarea del terapeuta poner en palabras aquellos signos y símbolos que se desprenden del juego y que operan como expresión del mundo interno infantil.

³P- Bueno Luciano acá tenemos una caja de juegos, podes hacer lo que quieras, ¿querés abrirla?

L- No... bueno está bien, la abro.

P- Podes mirarla a ver que te gusta

L- No tengo ni idea

P- ¿Te contaron tus papás que vinieron?

L- Sí.

P- ¿Te contaron porque venías?

L- No, no me dijeron... (Silencio) ah sí, por la conducta en la escuela.

P- ¿Y qué pensás de eso?

L- No sé.

Agarra las maderitas y se pone a armar una torre arriba de la pelota que se encontraba dentro de la caja.

P- ¿Qué intentas hacer?

L- No tengo idea, ¿Puedo sacar las cosas?

² Tiempo después, cuando reparo en ese actuar, decido cambiar el ritmo, ir más pausado intentando ir a la par. Este cambio causa que el pause aún más su andar, como si simulara estar distraído (más adelante logramos caminar al mismo ritmo).

³ Recorte de la primera entrevista de juego con Luciano.

P- Sí claro, podés hacer lo que quieras...

L- Intento pero no sé qué hacer.

P- Bueno pero estás haciendo algo.

L- (Se le cae la torre, resopla mientras dice un insulto) La concha de la madre.

El transcurso de la primera entrevista, así como de las dos entrevistas que le siguieron, se caracterizan por un juego repetitivo y empobrecido para un niño de su edad, pero muy significativo, que permite una primera aproximación a su demanda latente de análisis.

Cómo señala Freire de Garbarino (1976/1986), en el período de latencia (6 a 9 años), los niños repiten de manera obsesiva sus juegos debido a que están en proceso de estructuración de las defensas obsesivas, necesarias para el control de la masturbación y poder rendir frente a las exigencias escolares. Por ello, resulta importante estar atentos a los detalles que emergen sesión a sesión.

En el desarrollo de las mismas, Luciano hace torres visiblemente inestables, con una base muy pequeña e insegura, anticipándose desde el inicio su derrumbe. Al producirse la caída reacciona insultando y procede a recoger rápidamente las piezas, sin permitir que se le ayude. A éste juego lo denomina **“el juego de hacer equilibrio”**. En una entrevista, al preguntarle por qué cree que la torre se cae, responde **“por el equilibrio”**.

Regine Prat (2017) señala que “la torre de cubos es una de las modalidades de construcción de la confianza en la madre interna. Representa la prueba de la solidez, destruyéndola para reconstruirla” (p.48). La base de la torre, entonces, simbolizaría a la figura adulta que ofrece cuidados, siendo la torre un reflejo de las experiencias interrelacionales del niño.

En contraposición a la imagen de niño onnipotente, desafiante y autosuficiente que parece desplegar inicialmente, emergería en el juego una vivencia de impotencia, frustración y enojo frente a la imposibilidad de mantener la torre erguida. Al repetir la escena, Luciano se encontraría recreando activamente una situación traumática que en su origen habría sido vivida de forma pasiva. De esta manera el juego se configuraría como un intento de dominar la situación penosa que habría desbordado, ofreciendo un espacio de elaboración.

Podría pensarse que estas escenas, remitirían a las situaciones dolorosas que le han tocado vivir al lado de su madre, que se supo encontrar inestable y deprimida. En dicho

contexto podemos pensar cuánta frustración y enojo podrían encubrir en forma de insulto, la tristeza que no logra ser simbolizada ni expresada directamente.

En las sesiones siguientes, reaparece el tema del equilibrio, esta vez a través de una balanza. Luciano coloca y retira piezas buscando alcanzar la estabilidad.

P: *¿Sentís que estás haciendo equilibrio entre tu papá y tu mamá?*

L: *No, pero me gusta ver el equilibrio... voy a hacer otra cosa.*

Acto seguido, saca los colores de la caja de juegos y comienza a ordenarlos por tonalidades. A partir de entonces, se observa un seguimiento sistemático: en cada sesión revisa el orden de los colores dentro de la caja y los vuelve a ordenar si es necesario.

Al decir de Freud (1920/1997), ésta modalidad de juego queda al servicio de la pulsión de muerte, cuya manifestación típica es la compulsión a la repetición.

Equilibrio-desequilibrio, caída, orden-desorden, aparecerían como las fantasías predominantes que atravesarían su juego. Al acercarse el análisis a zonas dolorosas de su historia, se activarían defensas rígidas de negación que interrumpirían el flujo de juego, mostrando que ciertas aproximaciones a su mundo interno podrían presentar para él una amenaza.

Siguiendo la línea de análisis del juego, Winnicott (1971/1993) señala que el origen del mismo se desarrolla en el denominado *espacio transicional*: un espacio potencial entre la madre y el bebé donde se produce un interjuego entre fantasía y realidad. Proceso que depende de la disponibilidad materna para aparecer de la forma en que el bebé necesita encontrarla, permitiendo luego una oscilación en su comportamiento: algunas veces presentándose como aquello que el infans requiere y otras, como ella misma. De dicha manera, el niño construye una ilusión mágica de omnipotencia, una vivencia de control sobre el objeto. Posteriormente, comienza a jugar solo, aunque en presencia de un otro que permanece cerca y disponible, incluso una vez finalizado el juego. Estas etapas habilitan el desarrollo del niño como sujeto potencialmente creador, permitiéndole construir su propia modalidad lúdica, la capacidad de jugar en relación con otro y la capacidad de estar a solas.

En el caso de Luciano, se observa que desde las primeras sesiones tiende a proponer juegos en solitario; incluso, en una ocasión, eligió jugar al solitario con cartas, un juego que le enseñó su madre. Esto nos lleva a preguntarnos que tan disponible se encontraría su madre en los momentos tempranos del vínculo, particularmente en relación con la posibilidad de constituir un *espacio potencial* en el que el niño pudiera desplegar su

creatividad y construir una modalidad propia de juego, sin quedar absorbido o interferido por la presencia intrusiva del otro.

Línea de pensamiento que me conduce a los siguientes interrogantes: ¿han existido fallas en la constitución del espacio transicional que dificultan la diferenciación entre fantasía y realidad?, ¿La presencia de un otro en el juego implicaría una ruptura de la ilusión de omnipotencia?, ¿Constituiría esto una amenaza para la integridad yoica de Luciano?

Retomando el pensamiento de Winnicott (1965/1996) y su teoría del *falso self*, me propongo pensar en Luciano y en cómo se presenta frente al otro. Según el autor, en los primeros momentos de vida, la madre cumple la función de “yo auxiliar”, permitiendo al infans ir integrando a través de la experiencia el conjunto de sensaciones internas y estímulos provenientes del mundo externo, los cuales, en esa etapa, se presentan de forma caótica y sin significación. Cuando la madre falla en su función de “yo auxiliar”, es decir, en decodificar y traducir las necesidades del bebé, la continuidad existencial de éste se ve amenazada, dando lugar a la formación de un *falso self*: una modalidad de funcionamiento que, en pos de adaptarse a las exigencias del entorno, renuncia a la expresión auténtica de los propios impulsos.

Winnicott (1965/1996) señala:

La madre que ‘no es buena’ es incapaz de cumplir la omnipotencia del pequeño, por lo que repetidamente deja de responder al gesto del mismo: en su lugar coloca su propio gesto, cuyo sentido depende de la sumisión o acatamiento por parte del niño. Esta sumisión constituye la primera parte del ser falso y es propia de la incapacidad materna para interpretar las necesidades del pequeño. (pp. 175-176)

En consonancia con lo anterior, Spitz (1965/1979), a partir de observaciones clínicas de niños con afecciones dérmicas, plantea que una preocupación excesiva por parte de la madre puede ser una manifestación defensiva frente a una hostilidad inconsciente reprimida. Dicha ambivalencia se expresa en contradicciones entre lo discursivo y el acto: madres que, bajo una aparente preocupación, actúan de maneras que incrementan el riesgo para el bebé.

Relacionando estos aportes con el juego de Luciano, y tomando en cuenta lo recabado durante las entrevistas con sus padres, sería posible pensar en las dificultades que habría presentado la madre para establecer contacto con su hijo en los momentos iniciales del vínculo.

Se observa una madre que se habría centrado en su propio sufrimiento y en el de su madre, que decide no amamantar a su hijo “para no transmitirle el dolor”, lo que nos lleva a pensar en la posibilidad de que haya tenido miedo a lastimarlo, a darle “mala leche”, lo cual podría haber suscitado que se retire parcialmente de ese vínculo inicial.

Gesto que nos podría estar mostrando la presencia de una hostilidad inconsciente reprimida que podría haber interferido en la posibilidad de brindar experiencias de sostén. Estos primeros momentos son fundantes en la constitución del narcisismo primario y de los procesos identificatorios primarios.

Estos vínculos fuertemente ambivalentes parecen ser la propuesta tanto en el vínculo materno como el paterno. Vínculos que se vieron interferidos por momentos difíciles en la vida de sus padres, como lo fue la depresión materna y la separación parental, en los que se podrían haber visto interferida la función de sostén y cuidado que Luciano requería.

La perspectiva adoptada invita a preguntarme qué tan habilitado se encuentra Luciano a mostrarse tal cual es, a exteriorizar su vulnerabilidad, mostrar que camina en puntas de pie, que las cosas le afectan y lo terminan desbordando a nivel consciente, al punto de tener conductas que no puede controlar.

¿Cuán obturado se encuentra el canal de comunicación con sus padres, que lo obliga a desplegar un cortejo sintomático a nivel corporal y conductual como vía para manifestar su verdadero sentir, su *self* verdadero?

Considerando que la estructuración psíquica y el proceso de subjetivación requieren de otro auxiliador que cumpla con la función especular y narcisista, surgen interrogantes fundamentales: ¿Existió dicho momento? Y, de haber existido, ¿qué fue espejado?

Su modo de presentarse a la vez rígido y frágil, se hace evidente frente a mis intervenciones, que suelen ser rechazadas mediante la activación inmediata de sus defensas y el abandono del juego. Esta respuesta me convoca transferencialmente a posicionarme en un rol de presencia y escucha atenta.

En una entrevista, Luciano dice:

“No sé qué hacer... muchas más cosas no hay...”

Al preguntarle a qué le gusta jugar, responde que a las cartas y al ajedrez. Entonces lo invito a jugar aquello que sí estaba presente, aquello que sí le generaba interés, y acepta, aunque estableciendo condiciones. Este gesto inaugura una posibilidad: la de concebir el espacio terapéutico como *espacio potencial*, entendido como un lugar “entre” dos, donde puedan desplegarse nuevas modalidades vinculares, emerger el deseo y la creatividad, y habilitar un sentir propio que hasta entonces se mostraba inhibido y escasamente expresado.

El tercero operando.

La entrevista de encuadre con los Padres tiene como objetivo ofrecer una devolución preliminar, que articule lo observado en las entrevistas con padres y las entrevistas de juego con el niño.

Se trata de un momento para pensar en conjunto la posibilidad de abrir un espacio terapéutico para el niño, así como para poner de manifiesto los lineamientos del encuadre sobre el cual se va a trabajar.

El padre nuevamente llega tarde.

Md- Paso precioso jueves, viernes y todo el fin de semana, la maestra mandó felicitaciones en el cuaderno pero ya el martes empezó con temas y se empezó a sacar el pelo... El padre lo llevó a taekwondo.

P-¿Qué pasó el martes?

Md- Perdió en un juego, se frustró y se puso a caminar en puntas de pie y los demás también lo copiaban, pasó insultando...

Pd- No sé que tanto le llama la atención a la maestra, yo lo hacía de niño no es grave.

Luego el padre comenta:

“Yo le corte el pelo, así es más fácil”.

Argumentando que mantenerlo corto hace que se le dificulte la acción de arrancarse el cabello.

Luego la entrevista da un giro abrupto, se comienza a teñir de violencia verbal y rencor, gritos y llantos. El diálogo se torna caótico, ambos se interrumpen constantemente, elevando cada vez más el tono de voz.

Empiezan a emerger escenas del pasado conyugal, conflictos no elaborados vinculados a la separación, y todo lo que vino con la misma, dificultades en la toma de decisiones sobre sus hijos, disputas sobre la vivienda, la economía y el régimen de visitas. La escena se convierte en un escenario donde se reactualiza el conflicto parental no resuelto.

Pd: Ella lo partió en dos como a una rama seca... Luciano es rebelde por todo esto... Sos tremenda manipuladora, así sos con todos.

Md: Es violento esto que haces loco. Yo me hago cargo de mi parte pero vos lo abandonaste.

Pd: Vos no me dejaste ver a mis hijos por un mes.

(...)

Md: En tu casa dicen que estoy loca, te pensás que no lo sé.

Pd: Vos estás enferma, sos depresiva crónica.

Md: Esa se sentaba a comer pizza en mi casa.

(...)

Pd: Cobra la plata de Felipe y vive conmigo, yo no llego a fin de mes. El año pasado te peleaste con Felipe y como no lograste tu cometido te quisiste matar.

(...)

Pd: Puf, acá ves... en medio de todo esto está Luciano...

Expresión que marca un punto de quiebre en la escena, y se vuelve habilitante para que, desde la posición de psicóloga, pueda entrar en la conversación desde un lugar diferente.

En lugar de habitar un rol pasivo o de juez entre los discursos parentales, paso a ocupar el lugar de *tercera* que sostiene, que escucha y que intenta traducir aquello que circula pero no se deja escuchar por el par, entre tanto grito, violencia y enojo.

Intervengo señalando el posicionamiento en dónde se encontraría cada uno en esta modalidad, haciendo visible que sus discursos, a pesar de las acusaciones y los reproches, expresarían la necesidad de un cambio.

Por un lado, una madre que se ha sentido muy triste, sobrecargada y sola. Por otro, un padre que parece que siempre queda afuera, que no es convocado en la toma de decisiones, ni a ejercer plenamente la función paterna.

Les señalo, que a pesar de los conflictos, hoy están de otra modo, se encuentran disponibles y presentes de otra manera, no están estática, que podría dar lugar a un

reordenamiento del vínculo, en donde Luciano no quede ubicado en el medio del conflicto, sino cuidado por ambos. Subrayo lo valioso que es que pese a todos los conflictos que presentan puedan concurrir, y disponerse a hablar y pensar en su hijo en conjunto.

Finalmente, propongo, que si bien está bueno mirar el pasado y observar el camino recorrido para no repetir la historia, es necesario mirar a futuro y pensar en cómo, a partir de éste presente, crear en conjunto, nuevas modalidades de acompañamiento para su hijo.

Este momento clínico se vuelve fundamental para pensar el lugar que Luciano ocupa en la dinámica vincular de sus padres, siendo escenario de proyecciones, disputas no elaboradas y retornos de lo no simbolizado. Su síntoma, en este sentido, puede ser leído como un significante de lo que no logra ser tramitado por los adultos que lo rodean.

Se puede observar que desde la convocatoria al espacio terapéutico, el padre comienza a operar como *tercero*, asumiendo una función de corte con la diada madre-hijo. Se trata de un acto de corte, que se manifiesta en diferentes registros: el corte de cabello para evitar que su hijo se lo arranque, el intento de que Luciano duerma en su cama y el establecimiento de una frontera simbólica entre los lugares de padres y los de los hijos.

En palabras de Filgueira (2021), “Es el padre; es en tanto que el Nombre del Padre pone amarras, *jus - tamente*, al deseo de la madre, permitiendo que el hijo, en lugar de ser el falo imaginario del gran Otro, emerja como sujeto de deseo. Padre que porta, trae la ley a tierra y recorta un goce, instaurando un goce prohibido” (p.45).

Dor, (1989/1998), sostiene que la noción de padre remite a una función simbólica, en la cual el sujeto padre opera como soporte contingente de dicha función. Así, ser padre no se define por la filiación biológica o el título real, sino por la capacidad de ocupar simbólicamente ese lugar, operación fundamental para la estructuración psíquica del sujeto. En este sentido, plantea:

El falo constituye el centro de gravedad de la función paterna que permitirá a Un Padre real llegar a asumir su representación simbólica. Para eso bastará con que sepa dar la prueba, en un momento dado, de que él es precisamente capaz de actualizar la incidencia fálica como el único agente regulador de la economía del deseo y de su circulación respecto de la madre y del hijo. (Dor, 1989/1998, pp. 15-16)

Siguiendo con ésta línea de pensamiento, Mannoni (1965/1973) destaca que resulta más determinante la presencia del padre en el discurso de la madre que la del padre real en sí mismo. Cuando la madre no porta la ley, es decir, cuando el significante del Padre no opera en su discurso puede generar efectos estructurantes en el niño a nivel subjetivo.

A lo largo de las entrevistas el padre enuncia y denuncia, las resistencias que presenta la madre para habilitar a un tercero.

Si bien ella lo invita a participar, cada vez que él se hace presente, tiende a desvalorizar sus palabras, invalidando o desautorizando lo que dice, manteniéndose de ésta forma como la única persona que toma decisiones en la crianza.

De éste modo Luciano quedaría atrapado como sustituto de su padre, lugar que también en algún momento se le fue ofrecido al hermano mayor, pero del cual habría logrado correrse o al menos un poco.

Dentro del funcionamiento intrafamiliar, se podría observar como los roles entre padres e hijos quedarían desdibujados, de ese modo no habría quien quede en lugar de la ley, que prohíba el incesto y que opere marcando los límites de la pulsión.

Mannoni (1965/1973) nos dice, “El rol de la dinámica triangular padre-madre-hijo, que opera desde la concepción del niño, padece las consecuencias interrelación de la forma en que el Edipo de cada uno de los padres fue vivido y resuelto” (p.24).

Por lo tanto, podría pensarse que dichos padres habrían sostenido un comportamiento en la relación triangular con sus hijos, vinculado con su propia historia filial, historia que podría no haber sido elaborada y que retornaría bajo la forma de una repetición transgeneracional, “Se trata de una inmadurez de la libido, de represiones o perversiones sexuales, fruto de una carencia sucesiva de resoluciones edípicas” (Mannoni, 1965/1973, p.31).

En esta línea de pensamiento, puede considerarse como acto clínico significativo el hecho de que el padre comience a presentarse a las entrevistas. Hecho que evidenciaría el modo en que el padre fue involucrándose paulatinamente en el proceso terapéutico de su hijo.

Si bien al comienzo no se presentó, posteriormente, tras ser convocado por un tercero que lo habilita, comienza a asistir e implicarse. Movimiento que puede ser comprendido como un efecto generador propio de la psicoterapia, que se activaría a partir

de la invitación a participar y lo re posicionaría simbólicamente en su función de padre, función inicialmente desdibujada por su ausencia.

Momentos de la transferencia

¿Pasó algo?

Luciano es llevado a la sesión por su padre y la pareja.

Al entrar al consultorio le veo la cabeza y veo que se había cortado el pelo muy cortito y los espacios faltos de pelo que antes se disimulaban, ahora estaban a simple vista. Tenía tres partes sin pelo en la cabeza. Esa imagen me angustia, los ojos se me humedecen, me siento en la silla y suspiro. Él lo nota y me pregunta:

L- *¿Pasó algo?*

En ese momento me encuentro interpelada, sorprendida por lo que acababa de ocurrir.

Había surgido en mí un recuerdo al modo de una ocurrencia. De manera inesperada, aflora en mí, un recuerdo de mi propia niñez: la imagen de mi hermano menor con agujeros faltos de pelo en su cuero cabelludo a causa de un hongo transmitido por un gato, hongo que contrajo toda mi familia, pero que en él llegó a ese punto.

En ese momento advertí cómo algo de mi propia historia había irrumpido, a la vez, en la escena clínica, suceso que hace tiempo no estaba en mi registro consciente y hasta ese momento no había sido llevado a análisis.

Si bien algo había surgido en la sesión de forma imprevista, era consciente que era una decisión que hacer con eso, para poder trabajar conforme a mi posición y función.

Ahora bien, ¿mi sentir respondía únicamente con un recuerdo de mi propia niñez o también se inscribía con lo se estaba desplegando en el espacio transferencial?

Con el síntoma a flor de piel, aflora la sensibilidad. Yo lo veo, él me ve que lo estoy mirando y que eso que veo me sensibiliza, eso causa un punto de inflexión en el espacio transferencial.

Al inicio Luciano que se había presentado como un niño onnipotente, rígido, intentando controlar lo que sentía y de esa manera apartarme de su angustia. En ésta

sesión aparece como un niño sensible, con cierto registro del otro, frágil, con una historia y un lugar en la fantasmática familiar que lo dejaría “arrancándose los pelos”.

García Reinoso (1995), nos dice:

Los niños están en transferencia con los padres y ésta se sostiene en los padres: el trabajo analítico deberá operar permitiendo que la transferencia se metonimice, se metaforice, o sea que se “transfiera” la transferencia, esto implica separación y ofrece resistencias en los sujetos que la soportan: niños, padres y analistas. Es decir, hacer circular el deseo gracias al trabajo realizado sobre identificaciones y desidentificaciones. Lugar de pasaje de una transferencia a una inscripción en la cultura más amplia, en los lugares y márgenes que designa para cada uno según la clase a la que pertenece. (p.16)

Ver cómo se empieza a integrar, a conectar con su sensibilidad, su deseo, desde otro lugar, ya no tan defendido, me conmovió. Podemos pensar a partir de las palabras de Reinoso que en el espacio terapéutico comienzan a circular las transferencias, lo que permite que empiece, también, a circular el deseo. De ésta manera Luciano comenzaría a aparecer, en transferencia, como sujeto con un self más verdadero.

Otro pensamiento surge en ese momento: lo violento de dejarlo expuesto con los espacios carentes de pelo a la vista. Pensamiento que luego reconsideré: lo necesaria de esa violencia, para evitar que su hijo continúe arrancándose el cabello.

Mannoni (1967/1979) nos dice: “Cómo clínico, Freud ante todo está a la escucha de lo que habla en el síntoma: solo este camino conduce hacia la posibilidad de una actitud analítica frente a una neurosis y, en particular, frente a una neurosis infantil” (p.9).

P- Éste es un lugar en donde podemos hablar de las cosas tristes y lindas que pasan. Porque a veces las cosas que nos pasan nos hacen comportarnos de cierta forma con nuestro cuerpo.

L- Entiendo, entiendo...

Pensar en el cabello y la función de protección y regulación que proporciona al cráneo, que al arrancarlo deja que lo externo tenga mayor incidencia sobre su cuerpo. Me lleva a pensar como Luciano podría ser marcado por el deseo del otro, y cuánta incidencia podría llegar a tener en él.

Cómo las marcas, las huellas, producto del acontecer traumático, podrían llegar a dejar marcas, huellas, agujeros en el cuero cabelludo, formando espacios ausentes de cabellos. A partir de esto nos podemos preguntar que nos quiere transmitir éste síntoma ¿Fallas en la protección y regulación por parte de sus padres?, ¿Lo dejan expuesto al sufrimiento?, ¿Sin manto de palabras que amortigüe?

Quizás esa pueda ser una primera aproximación a la interpretación del síntoma: agujeros, agujeros faltos de palabra, faltos de protección, un reflejo de lo que podría ser su mundo interno, su historia fantasmática y quizás, la caída, como representación simbólica de la fragilidad materna.

Comienza a abrir la muralla

L- Ah con esto puedo hacer un bowling.

(...)

P- ¡¿Y vamos a jugar los dos?!

¿O vas a jugar vos solo?

L- Yo solo.

(...)

L- Arme una muralla. (Hace una especie de semicírculo con las maderitas).

P- Una muralla que nos separa... A veces vos armas una muralla entre tú y los demás.

L-¿Cómo?

P- Qué a veces tú armas una muralla entre tú y los demás para que no vean lo que te pasa.

L- No. (Empieza a hacer torres y tirarlas con más fuerza, cada vez más cerca de mí y empieza a tirar el cilindro por el aire para pegarle a la parte de arriba, en una de esas veces le erra a la torre y el cilindro va dirigido a mí).

P- ¡Ahora lo tiras de forma voladora! , ¿Me querés pegar?

(Comienza a abrir la muralla)

(...)

L- Voy a hacer formas.

P- ¿Qué es eso?

L- Un ocho.

(...)

L- Vamos a ver cuántos golpes aguanta... (Empieza a contar, le pega cada vez más suave y dice bajito “aguantá, aguantá”.

P- Con el 8 y los golpes pienso en cuántos golpes te ha dado la vida con solo 8 años...

En esa sesión algo se movió, se abrió la muralla.

La escena lúdica de los “golpes”, aguantados por él y por mí, me permitió situarme fuera del lugar materno; ni soy su madre, que ante la tristeza se desborda, ni él se derrumba si me acerco a su historia dolorosa.

En la siguiente sesión retomo la preocupación de su maestra por la conducta de arrancarse el cabello, y le pregunto que podría estar causando que él hiciera eso. Se muestra omnipotente diciendo que a él no le pasa nada.

Enseguida reaparece el orden de los drypens, pero esta vez con un matiz nuevo, cada vez que los colocaba dentro de la caja se volvían a desordenar y se enojaba.

P: Los drypens se caen cuando los pones ahí... capaz que vos sentís que te caes, que te pones triste, como le ha pasado a tu mamá y a tu papá, que han estado tristes... Las cosas se desordenan aunque queramos controlarlas.

L: Esto se va a salir, no va a quedar cerrado, pero bueno hicimos lo que pudimos (guarda todo en la caja)

P: Te querés ir porque te molesta que hable de las cosas que pasan. (Se enoja, comienza a respirar cada vez más fuerte, se pone a mirar la caja y ve que los drypens se habían caído otra vez)

L: ¡Ay me voy a pegar un tiro!... ¡Dije que iba a ser la última vez que los ordenaba!

La presente escena de Luciano ordenando los colores pone en duda la condición de juego de la misma, ya que al presentarse como un acto de control perdería el sentido simbólico del jugar.

Sin embargo no deja de vislumbrarse un sentido a ser leído, a ser descifrado, en clave interpretativa, escena en dónde aparece la caída asociada a la muerte. Podríamos pensarlo como una fantasía, en dónde la tristeza, la fragilidad van acompañadas de la muerte.

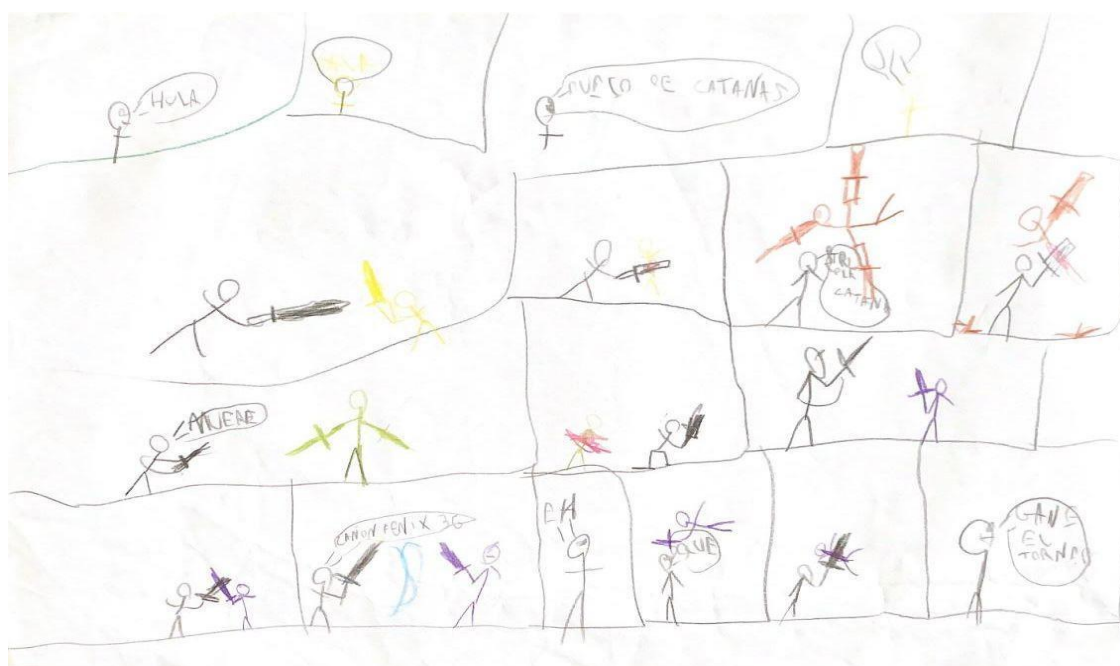
La siguiente sesión me invita por primera vez a jugar con él, un juego de cartas de competencia, juego que exige agilidad mental y motriz, en el cuál era muy hábil. Surge luego el relato de los talleres escolares, cuenta cual le gusta más y que la maestra lo rezonga por hacer de la mesa una batería.

Al abrir la muralla Luciano comienza a aparecer en escena, también, como niño que juega, que disfruta del juego con otro y que hace picardías, desplegando su inteligencia y su capacidad motriz.

Casi al final de la sesión aparece el dibujo, una historieta. Mientras dibuja va relatando:

“Historias basadas en manga... Todo historia de lucha y hay katanas... Espadas japonesas... Mirá esto es así, esto es una lucha y hay uno que tiene tres katanas una en la boca y una en cada mano a ese no le gana nadie... si vas mirando te das cuenta... En casa les dibujo sangre, así que lo haré también acá... Mirá acá es solo pelea, no hay diálogo”.

Figura 1.



Emergen en el relato y el dibujo: el combate, la sangre, el cuerpo herido y la ausencia de palabra.

Aberastury (1971) nos dice que el dibujo es siempre una creación, en la cual se expresa la actualización de una situación vivenciada. Creación que permitiría hacer permanente algo fuera de sí mismo, lo que disminuiría la ansiedad depresiva y paranoide. “El dibujo es una de las más eficaces y trascendentes frentes de reparación y creación de las que dispone el niño. Ayudarlo a crear es ayudarlo a reparar” (p.3).

En el presente contexto comienza a gestarse lo que Nasio (2006) denomina la tercera fase de la cura analítica, a la cual llama *momento de la transferencia*. En este

momento, la demanda de amor cae, sufre una decepción y se crea otra demanda, esta vez más auténtica: la demanda de la “palabra pasional”.

Nasio (2006) señala: “Es el momento fecundo, doloroso y pasional del análisis. Pasional, pero no sólo de amor pasional. Es un momento de violencia, de agresividad, de odio y de profunda ignorancia pasional” (p. 25).

Momento más doloroso, tanto para el paciente como para el terapeuta; en el que el terapeuta deja de dirigir la cura y se enfrenta al lugar que le asigna el paciente: el lugar de la falta. Resalta la importancia, en este momento fecundo, de hacer silencio en sí mismo para que surja el Otro del paciente. En sus palabras: “Procurarse de conducir la cura sabiendo que lo que importa no es dirigirla, lo que importa es nuestro propio deseo y esa capacidad que tenemos de hacer silencio en nosotros mismos” (Nasio, 2006, p. 28).

Historia de la transferencia con Luciano en que el espacio terapéutico comienza a ser escenario de actualizaciones de la conflictiva inconsciente, transferidos hacia la persona del terapeuta.

Si bien fue un momento que me generó desconcierto, angustia y resistencias a Luciano le permitió comenzar a desplegar su mundo interno y sufrimiento, emergiendo como sujeto de deseo.

Aproximación al concepto de síntoma

Según Freud (1926/1996), en *Inhibición, síntoma y angustia*, el síntoma es una formación del inconsciente, resultado del proceso represivo. Donde una moción pulsional desagradable genera un conflicto entre las instancias psíquicas, y el Yo, por encargo del SuperYó, intenta sofocar por completo la moción. Cuando falla en su tarea y la moción desagradable no es sofocada por completo, se produce una solución de compromiso entre el deseo inconsciente y los mecanismos de defensa, creando el síntoma, un sustituto disfrazado que adquiere el carácter de la compulsión.

El síntoma, en decir de Freud, toma el carácter de compulsión a la repetición y nos muestra lo atemporal de la manifestación del conflicto psíquico. Tiempo pasado que se hace presente, que habla con su propio lenguaje, un lenguaje a ser descifrado, a ser traducido a uno común, que es el lenguaje verbal, y que es capaz de significar y resignificar lo acontecido, en un tiempo presente, cada vez.

Mannoni (1967/1979) profundiza ésta idea al concebir al síntoma como una manifestación enmascarada del acontecimiento traumático, y lo relaciona con la ausencia de palabra. Incluso ella se refiere a la *palabra precisa*, que cuando falta, el niño queda solo con su imaginación, su mundo fantasmático y éste busca y encuentra otra vía de manifestación a través del síntoma.

Reafirmando el decir de Freud, que el síntoma en una neurosis, no es producto de un conflicto en el plano de lo real, sino el resultado de conflictos identificatorios, que dependen de lo que los adultos pudieron o no decir, acerca del acontecimiento traumático.

La palabra precisa no es, pues, fácil de introducir porque remite a la madre a su propio sistema de referencias. Si ciertas respuestas deben quedar precluidas para ella, entonces al niño le será difícil introducir su pregunta como no sea por medio del desorden de su comportamiento. (Mannoni 1967/1979 pp.32-33)

Superando la simplificación binaria neurosis-psicosis, es posible pensar en grados de sufrimiento psíquico, que crean diferentes mecanismos de defensa, algunos más rígidos y más extremos que otros. En el caso de Luciano, podría pensarse como escenas traumatizantes a lo largo de su vida no se llegaron a simbolizar, que no se retomaron en el diálogo con sus padres y que tampoco fueron contenidas, lo que favoreció el establecimiento de mecanismos defensivos rígidos y la emergencia temprana de síntomas.

La escenificación del síntoma en sesión

Luego de catorce días sin sesión, nos reencontramos en un contexto inusual: un día diferente al habitual y un consultorio nuevo, bastante más pequeño que el que frecuentamos, con una pared revestida de parquet y ventanas cubiertas por cortinas de color oscuro.

La sesión transcurrió con una intensidad particular, que podría leerse como cercana a un episodio maníaco: el niño hablaba sin pausa contando su día y relataba la trama de un ánimo, mientras se movía constantemente, alternando entre mantenerse de pie y sentarse. Llenando una hoja con dibujos apresurados y desordenados, acompañando su discurso con trazos que parecían mantener su flujo narrativo.

Apenas abre la caja de juegos, exclama asombrado:

L: ¡Mirá, los silvapenes no se salieron, tiempo record!

A partir de allí comienza a relatar lo que había hecho en el taller escolar, con quienes había jugado y todo el tiempo que pasaron en la computadora debido al mal clima. Al preguntarle a que jugó y de que se trataba el juego, su discurso se vuelve cada vez más rápido, los dibujos empiezan a llenar la hoja con muchos personajes. Cada vez me costaba más seguirle el hilo de la narrativa, y en varias ocasiones mis intervenciones lo molestaron, debido a que mis preguntas dejaban en evidencia que su relato me entreveraba.

L- Es un juego basado en un anime llamado “One Piece”, yo voy por el capítulo 300 y hay mil y algo, y en manga vamos por el tomo 107.

P- ¿Vamos quienes?

L- Todos, la comunidad...

(...)

L- ... también hay una fruta que te da poderes para poder dividir las partes del cuerpo (mueve la silla y se sienta en dirección a mi compañera que estaba anotando, siguiendo con el relato).

P- Woow cuanta cosa... ¿se lo estás contando a mi compañera?

L- Sí, bueno no... a las dos, se lo digo a las dos.

(...)

P- ¿Esto es un pelito tuyo? (Veo sobre la hoja blanca, entre los dibujos un pelo, lo que me toma por sorpresa, segundos antes lo había visto tocárselo pero no hacer fuerza).

L- Sí, por suerte fue solo uno...

P- ¿Y estás bien?

L- Sí. Bueno cuestión Luffy les da el sombrero de paja a los demás piratas para que sean famosos porque Luffy ya es famoso y en su tripulación hay un tipo que tiene tres katanas.

P- ¿En éste juego también hay Katanas?

L- No, esto no es un juego... es la historia del anime lo que te estoy explicando.

(...)

L- Hay piratas buenos y hay piratas malos... Los malos son los que quieren matarte y cobrar una recompensa por hacerlo, ellos se llaman los “Berries”. También está Sanchi que tiene un pasado bastante trágico... pero tiene mil poderes.

P- Qué importantes los pasados ¿no? Hacen la historia de uno...

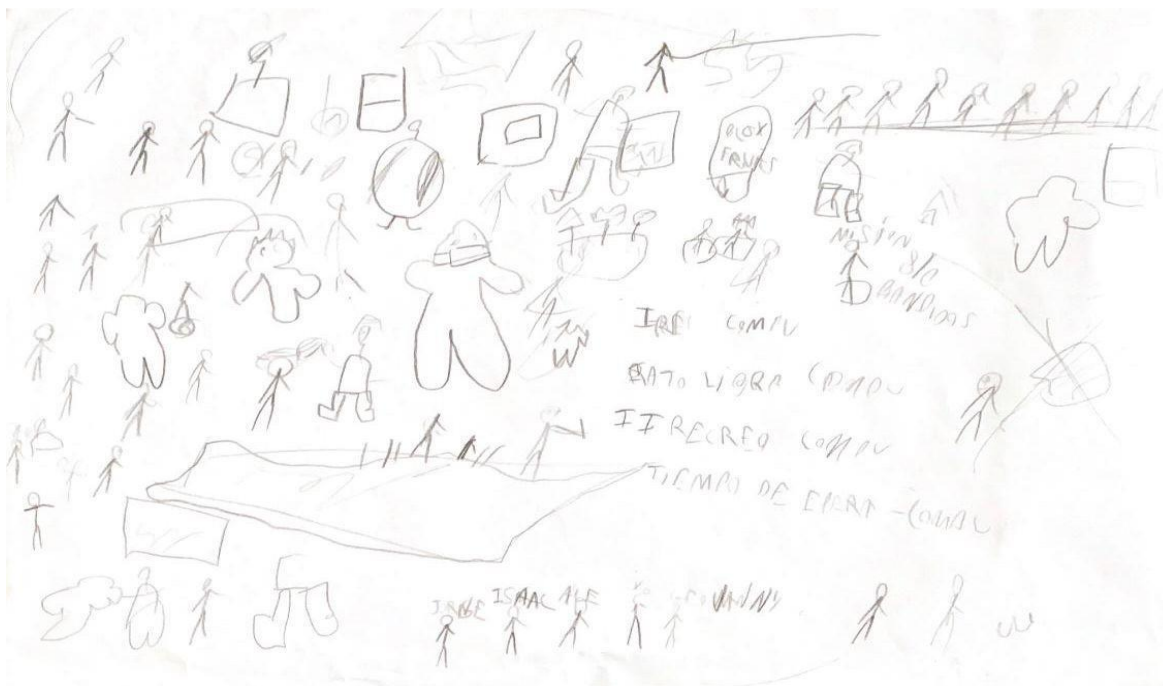
(...)

L - Al final de la historia los matan a todos, es más iban caminando a un viaje y antes de morir se ponen a cantar una canción re linda (empieza a sacudir la mano de forma nerviosa)

(...)

L- Ah algo que no te conté... Hay un personaje que se llama Neickman, es muy rápido y flaquito pero después se vuelve gordo así nadie le pega y tiene un poder que lo deja lanzar masa es una masa medio puré (habla rápido, entreverado y se mueve mucho).

Figura 2.



En el dibujo los personajes involucrados eran tanto sus compañeros como los personajes del anime, la mayoría en forma de fosforito, algunos amorfos y con rasgos fálicos. También escribió algunas frases textuales.

Visualmente la composición se organizaba de forma horizontal, en la parte inferior se encuentran los compañeros de clase con sus respectivos nombres sobre la cabeza; un poco mas hacía arriba escenas de la jornada escolar, y sobre la parte superior y en algunos huecos, el anime.

Podemos ver en esta sesión cómo el síntoma es escenificado en sesión. A la vez fue posible leer en su conducta una producción psíquica intensa, en dónde las fronteras entre la fantasía y la realidad quedan desdibujadas, mostrando el desorden de su mundo interno.

En medio del relato, observo un cabello suyo sobre la hoja, al señalarlo, él responde con aparente liviandad.

Freud (1914/1996) en *Recordar, repetir, reelaborar* nos dice:

Si nos atenemos al signo distintivo de ésta técnica respecto del tipo anterior, podemos decir que el analizado no recuerda, en general, nada de lo olvidado y reprimido, sino que lo *actúa*. No lo reproduce como recuerdo, sino como acción; lo repite, desde luego, sin saber que lo hace. (pp.151-152)

Escenificación, que sin saber lo que se repite, da cuenta del síntoma como actualización del conflicto psíquico no simbolizado, donde el cuerpo queda como vía privilegiada de expresión.

Frente a la presencia de un desborde pulsional, que el cambio de encuadre puede haber beneficiado, la pulsión queda ligada al acto como satisfacción inmediata. Quedando el niño vaciado momentáneamente de sus recursos psíquicos, sin posibilidad de apelar al recuerdo y a la palabra, lo que lo lleva al acto de arrancarse el cabello.

También la transferencia, posiblemente teñida de angustia y hostilidad, parece haber reforzado sus resistencias, desplazando aún más la posibilidad de significación verbal. Freud (1914/1996) señala que cuando la transferencia es de tipo hostil, el analizado refuerza sus resistencias que lo protegen de las amenazas del mundo externo, reemplazando con más fuerza el actuar por el recordar y es tarea del analista poder desarmar pieza por pieza esa fortaleza, para poder empezar a darle lugar al recuerdo, a la palabra y así significar y resignificar el pasado olvidado.

Cabe preguntarse ¿Qué llevó a Luciano a arrancarse el pelo en la sesión?, ¿qué pulsión lo desborda?

El relato del ánimo aparecería entonces como un espacio de ficcionalización de la conflictiva, territorio intermedio entre lo simbólico y lo imaginario que permitiría poner en escena cuestiones que resuenan fuertemente con aspectos que tendrían que ver con su historia subjetiva y familiar: los pasados trágicos, la muerte, aparece su sensibilidad frente a la muerte y aparece el cambio de apariencia para poder defenderse. También aparecen las divisiones de las partes del cuerpo, y su síntoma que es suyo y a la vez parece extraño.

“Lo hacía de chiquito y me quedó”, “no sé por qué lo hago”, “es automático”, “por suerte fue solo uno”.

La distinción que establece entre “juego” e “historia del animé” marcaría también un límite en cuanto a la posibilidad de simbolización, mostrando que no se trata aún de una actividad lúdica compartida, sino de un despliegue de contenido no elaborado.

Entre esta sesión y la siguiente se comunican conmigo la maestra, y por primera vez el padre, ambos expresando preocupación por signos de angustia en Luciano.

El papá me cuenta que al hablar de la muerte mientras le relataba un anime se pone a llorar. Esto lo introduzco en la siguiente sesión, a lo que el comenta,

L: Sí, fue de la nada, muy raro... me puse a llorar.

P: A mí me hace acordar a tu mamá que estuvo muy triste... capaz eso te preocupa... vivís con tu mamá bastantes días solitos...

Buscando establecer puentes entre lo fantástico de su relato del anime y su mundo afectivo, sin embargo mis intervenciones son rechazadas, mostrando su timing, el tiempo subjetivo que necesitaría para poder dar sentido, para hacer entrar en lo simbólico, algo que hasta ahora solo parecería presentarse en acto.

L- Sabes que me hizo acordar ese personaje, al juego de los poderes de las frutas, hay uno con una cara triste y feliz (se le ponen los ojos llorosos)

P- ¿Y eso que quiere decir?

L- Esto es una teoría que existe en “One Piece”, que si naces con una “C” en tu nombre significa que puedes matar a los dioses.

Spitz (1965/1979) a partir de sus estudios pone de manifiesto la importancia de las relaciones de objeto en el desarrollo temprano y nos dice:

El desarrollo de los impulsos tanto libidinales como agresivos está vinculado estrechamente con la relación del infante con su objeto libidinal. Esta relación del niño con el objeto amoroso le ofrece un escape para su impulso agresivo en las actividades que el objeto provocó. En la etapa de la ambivalencia infantil (es decir, en la segunda mitad del primer año) el infante normal no distingue entre la descarga del impulso agresivo y del impulso libidinal; estos se manifestaban, simultánea,

concomitante o alternatively como respuesta al único y mismo objeto; a saber: el objeto libidinal. (p. 211)

Cuando hay ausencia del objeto libidinal, tanto el impulso agresivo como el impulso libidinal quedan sin un objeto donde ser depositados, quedando desprovistos de la capacidad de ser dirigidos hacia afuera. Pone como ejemplo infantes que se golpean la cabeza con la cuna o que se arrancan el pelo, como manifestación de los impulsos agresivos que se vuelcan sobre sí mismos, siendo ellos mismos su único objeto.

Por su parte Ajuriaguerra (1977) nos propone que en todo desarrollo infantil existen momentos de autoagresividad, a las que llama automutilaciones evolutivas, las cuales desaparecen a los 2 años aproximadamente, las distingue de aquellas que persisten en el tiempo, llamándolas automutilaciones persistentes. Propone que las automutilaciones podrían persistir como fijación en un periodo anterior. Las relaciona con una etapa del desarrollo temprana en donde la madre le enseña al bebé a alejarse de aquellas cosas que podrían producirle dolor, con el fin de evitar el sufrimiento para su hijo, como para ella.

El dolor no sólo implica un sufrimiento sino que presupone como consecuencia la compasión y la gratificación, de tal forma que muy precozmente ya el dolor-agresión puede transformarse, en el sentido de relación en dolor-afección.

Dicha catexis afectiva se da mientras dura el desarrollo, como beneficio secundario.

(Ajuriaguerra, 1977, p. 430)

Al relatar del surgimiento del síntoma en su hijo, la madre utiliza una expresión cargada de sentido “le explotó la cabeza” significativa que también utiliza al expresarse sobre el nacimiento de su hijo “me explotó el útero”. El significante *explotar*, asociado etimológicamente con la extracción de riqueza con fines de utilidad propia, resulta revelador.

¿Qué relación existe entre el nacimiento explosivo y el comienzo del síntoma?

En ambos momentos la madre se encuentra duelando una separación. En el nacimiento “explosivo” se separa de su hijo, en dónde se avecinaba, también, la separación con su madre, que se encontraba muy enferma, en sus últimos días. Cuando comienza el síntoma, la madre estaba en otro proceso de separación esta vez con el padre, al cual Luciano no ve por meses, en donde también aparece como telón de fondo la muerte.

El síntoma podría pensarse como una tentativa de inscripción de separaciones no simbolizadas, las cuales se presentarían de modo explosivo, pareciendo arranques afectivos, sin ser mediadas por las palabras.

En el caso de Luciano, el síntoma se presentaría como una manifestación corporal que irrumpe de forma explosiva, sin mediación simbólica, como un intento de dar forma a lo innombrable.

Podemos preguntarnos si Luciano tuvo un Otro en quien descargar sus impulsos, o si quedó solo con sus propios impulsos y su mundo fantasmático, sin nadie que lo auxilie, que le preste palabras y sostén, alguien en quien depositar sus fantasías. Esta ausencia de interlocución lo dejaría expuesto, sin recursos simbólicos para tramitar sus vivencias.

En este contexto, el acto de arrancarse el pelo podría leerse como un ataque al pensamiento, una forma de expulsar lo intolerable, de arrancarse las ideas que lo habitan, como si el pensamiento mismo se volviera persecutorio. La acción se volvería así una defensa frente a la angustia, una solución de compromiso entre el deseo inconsciente — fantasías hostiles de destrucción del objeto— y la culpa que emergería ante la posibilidad de que ese deseo se realice en lo concreto.

Por su parte Mannoni (1967/1979) nos dice:

El fantasma, e incluso el síntoma, aparecen como una máscara cuyo papel consiste en ocultar el texto original o el acontecimiento perturbador. Mientras el sujeto permanece alienado en su fantasma, el desorden se deja sentir en el nivel de lo imaginario (...) El síntoma —como Freud nos lo muestra— incluye siempre al sujeto y al Otro. Se trata de entender, dando un rodeo, a través de un fantasma de castración, la manera en que él se sitúa frente al deseo del Otro. “¿Qué quiere de mí?” es la pregunta que se plantea más allá de todo malestar somático. (p.39)

Cabe preguntarse ¿Qué lugar estaría ocupando Luciano en la novela familiar?, ¿cómo se sitúa frente al deseo del otro?

A partir de aquí me propongo pensar en la relación que podría existir entre los síntomas que presenta Luciano.

La elección del nombre adquiere una dimensión significativa en relación a las dificultades escolares. La madre relata que fue ella quien eligió su nombre, resonando con la figura de un niño que **“se portaba mal en la escuela”**. Esta elección ya introduciría al niño, desde su nacimiento, dentro de la novela familiar investido con una carga simbólica que condicionaría su lugar en relación al deseo materno.

De ésta forma si Luciano se portara mal en la escuela podría ser sujeto de deseo para la madre. En tanto se ubicara en lugar de problemático y siga siendo objeto de preocupación, ella tendría una razón de vivir.

Por otra parte, su padre cuenta que cuando él era chico caminaba en puntas de pie en momentos en los que se encontraba ansioso. Podríamos pensar que la identificación con el padre se manifiesta corporalmente. Vía identificatoria que le permitiría ubicarse frente al deseo de la madre: si se parece al padre, quizás obtenga su mirada, su atención, su amor.

De éste modo Luciano se quedaría ocupando un lugar que no le corresponde: el lugar del padre, el sostén de una madre que aparece frágil, vulnerable, y cuya estabilidad emocional parece depender de él. Posición que brindaría el equilibrio familiar. Este lugar lo dejaría sin posibilidad de desplegarse subjetivamente, lo que lo obligaría a caminar en puntas de pie, a no molestar, a no desarrollar deseos propios, quedando alienado a los deseos del Otro.

Como en el dicho popular esa situación lo tendría “arrancándose los pelos” y a su vez, “caminando en puntas de pie” para no generar revuelos familiares. Podríamos pensar entonces que se encontraría atrapado entre el mandato de sostener a su madre, convirtiéndose en su objeto de amor, así se aseguraría de que tuviera una razón para vivir y el deseo de liberarse de esa carga.

El desorden escolar se borró con rapidez, Luciano comenzó a hacer las tareas, a relacionarse de manera más amistosa con sus pares y logró pasar de año. Lo que evidenciaría que el problema escolar una alerta, un llamado de atención y un pedido de ayuda para su maestra, quién logra verlo.

Este recorrido nos invita a preguntarnos:

¿El goce de arrancarse el pelo se encuentra unido al goce materno? Si no hay un tercero que corte, que imponga la ley, que ponga límites a lo pulsional ¿prima la pulsión de muerte?

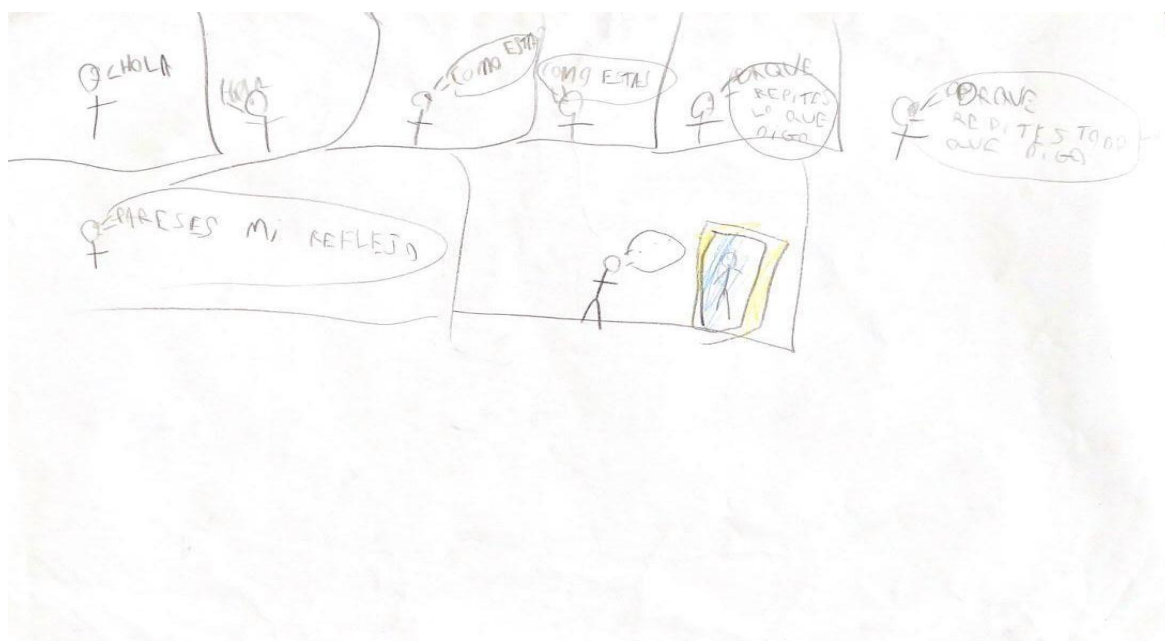
¿Que se arranca en esa escena?, ¿Me pide que oficie de tercero?, ¿Que lo separe de la madre?, ¿Qué lo saque del lugar que ocupa en la novela familiar?

Estas preguntas no buscan cerrar el caso, sino abrirlo a nuevas lecturas, a la posibilidad de que el síntoma sea una vía de acceso al sujeto, a su historia, a su deseo.

El Espacio Terapéutico Como Espejo.

Acercándose el final del análisis, Luciano dibuja una historieta en dónde hay una persona que habla y otra le responde exactamente lo que él dice, en la última viñeta se da cuenta que ese que le respondía, era él mismo, era su reflejo mirándose en el espejo.

Figura 3.



En este sentido, resulta fecunda la articulación con la teoría del estadio del espejo desarrollada por Lacan (1949/1984), en dicha teoría, el niño se constituye como sujeto en tanto logra reconocerse en una imagen especular que le devuelve un Otro. Este reconocimiento no se trata simplemente de una imagen óptica, sino de una operación simbólica: el Yo se construye a partir del reflejo que le es devuelto desde el Otro, mediado por la palabra y el deseo.

Winnicott (1971/1993) retoma ésta teoría y la reformula desde una perspectiva más relacional y afectiva. Diciendo que el precursor del espejo es el rostro de la madre, primer momento, en dónde mediante los gestos de la madre se percibe la imagen especular de lo

que uno es, lo que uno genera, siendo el rostro de la madre el primer espejo en el que el bebé se mira, generando la primer imagen que se tiene de sí mismo.

A su vez introduce la posibilidad de ver la tarea del psicólogo como una nueva posibilidad de espejo. “La psicoterapia no consiste en hacer interpretaciones inteligentes y adecuadas; en general es un devolver al paciente, a largo plazo, lo que este trae” (Winnicott, 1971/1993, p.154).

Un espejo no ilusorio ni idealizante, sino uno que devuelva una imagen sostenida en la escucha, la abstinencia, la transferencia y la palabra. Frente a una red vincular donde los espejos han devuelto reflejos distorsionados, el espacio analítico ofreció a Luciano la posibilidad de mirarse de otro modo, de ensayar nuevas formas de ser con otros, en palabras de Winnicott (1971/1993) “sentirse real es más que existir; es encontrar una forma de existir como uno mismo, y de relacionarse con los objetos como uno mismo, y de tener una persona dentro de la cual poder retirarse para el relajamiento” (p.154).

Como él mismo expresó al finalizar el tratamiento:

“Vos siempre me escuchaste a mí y yo a vos no”.

Esa frase puede leerse como testimonio de que algo de ese nuevo reflejo fue captado, y que allí, en ese entrecruce de miradas y palabras, algo del sujeto cambió.

En este sentido Schkolnik (2016) nos dice que la transferencia constituye un eje esencial para comprender el dispositivo analítico. A través del vínculo singular que se establece, se abre la posibilidad de explorar experiencias que han quedado inaccesibles para el sujeto. La repetición que acontece en la transferencia actúa como vía de acceso a esas vivencias, permitiendo trabajar sobre ellas y construir una narrativa que las integre. “El trabajo de historización que hacemos en la transferencia habilita la resignificación de marcas vinculadas a la historia del paciente y de éste modo hacen posibles los cambios en la dinámica pulsional habilitando el acceso a la condición de sujeto” (Schkolnik, 2016, p. 22).

El recorrido clínico con Luciano permitió observar cómo, a partir del despliegue transferencial y del sostén del encuadre analítico, el niño fue constituyendo nuevas formas de subjetivación, pudiendo pasar de un lugar marcado por el síntoma y la repetición a una posición más activa, deseante y creativa.

La progresiva emergencia de una demanda propia, el uso del dibujo, del relato fantástico, y la apertura hacia lo vincular dan cuenta de un trabajo analítico que facilitó la construcción de un nuevo espacio de inscripción subjetiva.

La relación que comenzó a tener conmigo, en el marco del proceso terapéutico favoreció un registro del otro que habilitó una apertura de Luciano hacía los vínculos. Esto se manifestó también en la escuela, pudiendo angustiarse porque un compañero se cambiaba de institución y por primera vez manifiesta su deseo de invitar a sus compañeros a su cumpleaños. Logra además sostener y mejorar su rendimiento, lo cual le permite proyectarse para el próximo año en una actividad extraescolar.

Luciano empezó a aparecer en escena como sujeto de deseo, a traer relatos acerca de su familia y su escuela de forma espontánea, comenzando las frases con **“¿Te cuento algo?”**, es ahí que me cuenta que su padre se había olvidado de irlo a buscar a la escuela y que generalmente no sabía quién lo iba a buscar ni dónde iba a quedarse ese día, si en lo de su papá o en lo de su mamá.

L: ¿Te cuento algo?, estoy muy feliz porque mi primer nota en el carnet de la escuela era un dos... después un tres y ahora tengo un seis, así que voy a pasar de año

P: ¡Mira qué bueno!, ¡Felicitaciones!... ¿y qué te parece que cambió para que te suba tanto la nota?

L: La maestra no me dijo nada la verdad no sé... hoy me puse a llorar por pasar de año me emocioné

Se emociona también en la sesión.

Como fue desarrollado anteriormente, otro elemento central en este proceso fue la convocatoria y la presencia del padre en el análisis del niño. Pudiendo pensar en conjunto padre- madre y analista, es que comienza a crear efectos en las posiciones intrafamiliares. Pudiendo el padre operar simbólicamente como tercero en la relación diádica entre el niño y su madre, habilitando a Luciano a correrse del lugar que estaba ocupando.

Un padre que cuando entra en escena obtura como ley, como corte en el vínculo madre- niño, en función de la castración simbólica, necesaria, para que el niño devenga individuo portador de sus propios deseos, sin quedar amarrado a los de la madre. Lo que habilitó a Luciano a comenzar a conectar con su propio deseo y sus propias angustias.

Reflexiones finales

Este trabajo final de grado no representa un cierre definitivo, sino más bien un umbral: el pasaje entre lo que fui como estudiante y lo que comienzo a ser como psicóloga. Es un punto de inflexión que marca el tránsito de la formación académica a la práctica profesional.

La práctica del ciclo de graduación fue una experiencia formativa muy enriquecedora. La cuál me permitió acercarme al trabajo con niños y con las familias que los sostienen. Aprendiendo más acerca de la importancia y la impronta de la escucha analítica.

Sumado a eso, una de las partes que me resultaron más significativas, fueron las supervisiones grupales, que sirvieron de espacios de intercambio, de debate, de apertura a otras miradas que enriquecieron la lectura del caso y el quehacer clínico.

A ello se suma la importancia del análisis personal, que permite distinguir lo propio de lo ajeno, reconocer cuándo emergen mis resistencias, mis fantasmas, mis deseos, y cuándo se trata del inconsciente del otro. Esta diferenciación es fundamental para sostener una posición ética y clínica desde el psicoanálisis.

La construcción del caso desde una modalidad teórico-clínica fue una instancia clave para repensar la práctica, el lugar del psicólogo y la teoría que nos orienta. La clínica y la teoría no son compartimentos estancos: se nutren mutuamente en un vaivén constante.

Escribir sobre el caso me permitió iluminar aspectos del tratamiento que en su momento no había podido leer, resignificar momentos de incertidumbre, y dar sentido a preguntas que me acompañaron durante todo el proceso.

El trabajo con este niño y su familia fue mi primera experiencia desde la posición de psicóloga. Me enfrentó a la complejidad del síntoma como formación del inconsciente, como expresión de aquello que no puede ser dicho.

Particularmente el trabajo con el niño en me interpeló profundamente: ¿cómo encontrar la palabra justa?, ¿cómo respetar el tiempo del niño en un dispositivo institucional que impone sus propios ritmos?, ¿cómo sostener lo que se moviliza cuando el tiempo es acotado?

Los síntomas, en este caso, no cambiaron de forma radical, pero sí se produjo algo nuevo en el lazo, en la transferencia, en la posibilidad de que el niño se despliegue de otro modo, más en sintonía con sus propios deseos.

Trabajar con la infancia me llevó a pensar en lo delicado de ese tiempo vital, en la necesidad de acompañar con cuidado, con respeto, con presencia. Me confrontó con mis propias ansiedades, con el temor de no estar a la altura, con la pregunta por el alcance real de mi intervención. Pero también me permitió descubrir que algo puede acontecer incluso en intervenciones breves, marcadas y acotadas por los tiempos institucionales.

Escribir esta tesis fue un recorrido lleno de emociones, dudas, expectativas. Pero también fue un acto de deseo: el deseo de cerrar una etapa y abrir otra, de seguir formándome, de seguir preguntándome. Porque si algo aprendí en este camino es que en la clínica no hay respuestas cerradas, sino preguntas que se reformulan, que se profundizan, que nos sostienen en la búsqueda.

Quedan muchas preguntas resonando en mí, y otras que comienzan a adquirir nuevos sentidos. Este trabajo no es un punto final, sino una pausa para mirar lo recorrido, para agradecer lo aprehendido, y para seguir caminando, con otros, con teoría, con deseo, hacia lo que vendrá.

Referencias Bibliográficas

- Aberastury, A. (1971). El niño y sus dibujos. *Revista de Psicoanálisis*.
<https://es.scribd.com/document/152924532/El-nino-e-sus-dibujos-Arminda-Aberastury>.
- Ajuriaguerra, J., & López-Zea, A. (1977). *Manual de psiquiatría infantil*. Masson.
- American Psychiatric Association. (2014). *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* (5.^a ed.; A.C. Medina, trad.). Editorial Médica Panamericana. (Obra original publicada en 2013).
- Bleichmar, S. (1995) Del discurso parental a la especificidad sintomal en el psicoanálisis de niños. En Sigal, A. (Comp.), *El lugar de los padres en el Psicoanálisis de niños* (pp. 81-108). Lugar.
- Dor, J. (1998). El padre y su función en el psicoanálisis (I. Agoff, Trad.) [PDF]. Nueva Visión.
<https://es.scribd.com/doc/315121779/Dor-J-El-Padre-y-Su-Funcion-en-Psicoanalisis>
 (Obra original publicada en 1989).
- Filgueira, M. (2021). Lo infantil. Tercer margen para la función “padre”. Calibán. *Revista Latinoamericana de psicoanálisis*. **19**(12) 41-51. https://calibanrlp.com/wp-content/uploads/2021/11/caliban_C19_esp.pdf.
- Freire de Garbarino, M. (1986). La entrevista de juego. En Freire de Garbarino, M., Weigle, A., Casas de Pereda, M., Braun de Bagnulo, S., Cutinella de Aguiar, O., & Altmann de Litvan, M. (Eds.), *El juego en psicoanálisis de niños* (pp. 1-46). Asociación Psicoanalítica del Uruguay. (Trabajo original publicado en 1976).
- Freud, S. (1996). *Recordar, repetir, reelaborar* (J. L. Etcheverry, Trad.). En Obras completas (Vol. 12, pp. 145- 157). Amorrortu. (Obra original publicada en 1914).
- Freud, S. (1997). Más allá del principio de placer (J. L. Etcheverry, Trad.). En Obras completas (Vol. 18, pp. 1- 62). Amorrortu. (Obra original publicada en 1920).

- Freud, S. (1996). *Inhibición, síntoma y angustia* (J. L. Etcheverry, Trad.). En Obras completas (Vol 20, pp. 77-136). Amorrortu (Obra original publicada en 1926).
- García, G. (1995) Prólogo. En Sigal, A. (Comp.), *El lugar de los padres en el Psicoanálisis de niños* (pp. 9-18). Lugar.
- Lacan, J. (1984). El estadio del espejo como formador de la función del yo tal como se nos revela en la experiencia analítica. En Escritos I. (pp. 99-105) Siglo XXI Editores.
https://arditiesp.wordpress.com/wp-content/uploads/2012/10/lacan_estadio_del_espejo.pdf (Obra original presentada en 1949).
- Mannoni, M. (1973) La primera entrevista con el psicoanalista. Granica (Obra original presentada en 1965).
- Mannoni, M. (1979) El niño, su “enfermedad” y los otros. Nueva visión. (Obra original presentada en 1967).
- Nasio, J.D. (2006) Como trabaja un psicoanalista. Paidós.
- Prat, R. (2017). El Juego de construcción y demolición: Del bebé al adolescente... y más allá. Revista Uruguaya De Psicoanálisis, 124, 44-56.
<http://publicaciones.apuruguay.org/index.php/rup/article/view/158>
- Schkolnik, F. (2016). Práctica psicoanalítica. Un trabajo de resignificación y simbolización. Rebeca Linke editoras, 2016.
- Spitz, R. A. (1979). El primer año de vida del niño. (M. de la Escalera, Trad.). Fondo de cultura económica. (Obra original publicada en 1965).
- Winnicott, D. W. (1996). El proceso de maduración en el niño. (J. Piatigorsky, Trad.). Paidós. (Obra original publicada en 1965).

Winnicott, D. W. (1993). Realidad y juego. (F. Jordán, Trad.) Gedisa. (Obra original publicada en 1971).